

VEKA DUNCAN
DEL ARTE Y LA INTOLERANCIA

CARLOS VELÁZQUEZ
DIEZ AÑOS SIN WHITNEY

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
EL REVERSO DE LA LITERATURA

NÚM. 339 SÁBADO 19.02.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

**DAVID FOSTER
WALLACE
VS. EL SUEÑO
AMERICANO**

JAIME MESA
HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

POESÍA

CARLA FAESLER

**RÉQUIEM POR
EL DESGRACIADO**

J. M. SERVÍN
ROGELIO GARZA

Arte digital ▶ A partir de una imagen
en shutterstock.com ▶ Mónica Pérez ▶ **La Razón**

El 21 de febrero se cumplen seis décadas del nacimiento del escritor estadounidense que, antes de suicidarse a los 46 años, produjo un legado que resulta sustancial para la literatura contemporánea. Autor de *La broma infinita* —Foster Wallace afirmó que es una novela presidida por la tristeza inherente al capitalismo—, aventuró en ella una visión del futuro cercano. A propósito de la misma, el narrador Jaime Mesa vuelve a las páginas de **El Cultural** y nos comparte la primera entrega de una nueva serie titulada “*Cartas a los maestros 2.0*”, cuyo planteamiento explica en la siguiente página.



DAVID FOSTER WALLACE: LA FANTASÍA ROTA

JAIME MESA

@jmesa77

A la memoria de mi padre, Jaime Mesa Mújica

Pues, querido Dave, no tenías razón cuando afirmaste que las videollamadas no cuajarían en sociedades como las nuestras. Cuando el encierro que trajo la pandemia nos orilló a hacer uso indiscriminado de este medio de comunicación pensé que algún *nerd* traería a cuenta los tres puntos que, según tú, sustentaban la imposibilidad de usarlo de manera cotidiana. Tu novela, *La broma infinita*, que apareció en 1996, se ubicaba en un “futuro cercano”, es decir, casi casi entre 2019 y 2022.

EN LA NOVELA ALEGABAS tres razones para explicar las dieciséis semanas de auge y su posterior caída: estrés emocional, vanidad física y cierto tipo extraño de lógica autodestructiva en la microeconomía de la alta tecnología de consumo.

Para empezar, “la videotelefonía hacía insoportable la fantasía”, escribiste. Es decir, hasta ese momento la humanidad estaba segura de que la persona que estaba del otro lado de la comunicación, el vil teléfono que ahora nadie usa, te estaba prestando

atención, estaba vestida y te tenía a ti como el centro del universo. Lo intuiste. Y esa intuición era sagrada porque si ante alguna duda preguntabas: “¿Estás ahí? ¿Me estás poniendo atención?” la otra persona con el más endeble “sí” te devolvía la seguridad. Pero, en realidad, el Otro, el escucha, como dices, encabalgaba “ajás” y “órales” mientras dormitaba y un sinfín de actividades que la zona ciega autorizaba. Escribiste:

... al usuario le permite entrar en una especie de fuga semiatenta hipnótica de la carretera: mientras conversa, puede mirar alrededor de la habitación, garabatear, arreglarse bien, quitarse pequeños trozos de piel muerta de las cutículas, componer haikú de teclado telefónico, remover cosas en la estufa; incluso podrías llevar a cabo un tipo de conversación adicional de lenguaje de señas y expresión facial exagerada completamente separada con las personas que están allí en la habitación contigo, todo mientras pareces estar allí prestando atención a la voz en el teléfono.

Foto > Alma Jacobo

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

Lo que expones, luego, es que con la llegada de las videollamadas la gente estaba OBLIGADA a poner atención. Podías mirarla, revisarla, espiarla (de la misma forma que te miraban, te revisaban o te espían). Ver si, para hablar contigo, se arreglaban, y, por fortuna, estabas en condiciones de sancionar si acaso perdían el contacto visual para revisar, digamos, su teléfono. “Escanear las imperfecciones”, referiste. En tu planteamiento le dabas mucha importancia al terrible estrés que provocaba ese vistazo a la realidad, a nuestra intimidad, tan, en otros tiempos, protegida por una simple voz. El refugio de lo auditivo. Habíamos “estado sujetos a un engaño insidioso pero totalmente maravilloso acerca de la telefonía convencional de sólo voz”. Nunca lo habíamos notado antes, la ilusión de nuestro tiempo inocente.

Pues bien, nadie trató de explicar la nueva época con tu ensayo ni con tus ejemplos. Es más, a nadie, lo creo ahora, le habría importado. Estábamos demasiado preocupados por sobrevivir, no te burles, es cierto, y en comunicarnos. Debo advertirte que desde el 2008, año en que nos dejaste, la gente de mi edad (nací en los setenta) y hacia abajo comenzamos a temerle a las llamadas telefónicas. Tal cual. Preferíamos los mensajes, escribir. Pero pasó algo, la lentitud de la escritura que, en consecuencia, trae más sosiego en la exposición de las ideas se quedó en la lentitud sin el sosiego: todos, mientras manejamos o caminamos, escribimos como podemos y el *meme* pasó a ser la voz del espíritu del siglo XXI. Ahora todos escriben, llenan páginas invisibles y nadie se explica bien. Surgió el *emoticon*, la síntesis oblicua, y murió la dignidad del pensamiento.

PERO ME ESTOY YENDO por otro lado. Todos, o al menos la parte de la población que pudimos encerrarnos, comenzamos a usar las videollamadas para: a) Ganarnos la vida, b) No enloquecer, c) Hacer de cuenta que podríamos volcar el hecho social a esa gelatina virtual de las pantallas.

Se nos hizo fácil.

Nos arrinconó la realidad. Así que no hubo tiempo de sentar, por ejemplo,



David Foster Wallace (1962-2008).

“EL CÓMO NOS VEMOS, LA CARA, PUES, SERÍA FUENTE DE ESTRÉS. NI HABLAR, VARIOS ADOPTAMOS, AL NO SALIR A LA CALLE DURANTE EL ENCIERRO, UN TONO OCRE AMARILLENTO QUE UNIFORMÓ LA ESTÉTICA”.

las reglas de urbanidad. Más que preocuparnos por lo que tú pensabas que supuestamente nos preocuparía, nuestras alertas se dirigieron, por ejemplo, a: la incapacidad de saber si debemos o no disculparnos por los ruidos domésticos (una licuadora, los niños corriendo), los ruidos de la calle (el ropavejero, el del gas); el vacío de etiqueta cuando se le exige a los niños usar uniforme en clases virtuales, o a los que defienden su tesis, cuándo consideran adecuado usar saco, camisa y corbata y, como no los ven, completar el atuendo con sus calzones del diario. ¿Bañarnos o no para una junta virtual? De alguna forma tuviste razón al intuir un cierto estrés social ante la apariencia, pero como aunado a eso le metimos a la ecuación el encierro, en poco tiempo nos dejó de importar. Daba igual cómo nos viéramos, lo importante es que nos viéramos.

Algo más: el ingenio humano devoró los que, supusiste, serían nuestros

miedos y apreciaciones. Es posible, en videollamada, simular que prestamos atención exclusiva porque exhibimos una cantidad descomunal de trucos: “¿me ven?”, cuando apagamos la cámara para rascarnos y contestar un mensaje; “se fue la imagen pero aquí estoy”, cuando intencionalmente apagamos para darle una mordida a la quesadilla del desayuno o darnos un cucharazo imposible de pozole. El ingenio te venció con los “se me cayó la conexión”, “se congeló la imagen” que, como son tan comunes, podemos ejecutar cada cierto tiempo para conseguir esas pausas existenciales y dejar de prestarle atención al otro. Como era antes, como siempre ha sido.

En alguna parte acusas que el cómo nos vemos, la cara, pues, sería fuente de estrés. Ni hablar, varios adoptamos, al no salir a la calle durante el encierro, un tono ocre amarillento que uniformó la estética y, además, los especialistas en iluminación nos dieron decenas de consejos para vernos reconocibles y producirnos de una forma que, aunque artificial, nunca habíamos hecho. Si tú imaginaste que usaríamos carísimas “máscaras de polibutileno ajustadas a la forma”, el tan de moda “aro de luz” (129 pesos en Amazon) solucionó el problema.

DICES, EN TU FANTASÍA, es decir, en tu ficción: “Todo lo cual resultó en estrés videofónico”. La verdad es que ya estábamos bastante quemados cuando llegó el Tiempo de las Videoconferencias, o el Tiempo del Zoom, o el del *software* que usamos. Si en tu época trataste de alejarte de las pantallas, primero por tu adicción a la caja idiota y, después, por tus epifanías respecto a internet, desde 2008 empezamos a darle rienda a suelta a todo.

Me preguntarás cómo “se siente” la realidad hoy en día, ya que ésa era una de tus intenciones al escribir: decirnos “cómo se siente la realidad” en la cabeza de David Foster Wallace. Se siente, te lo puedo decir ahora, como vivir sumergidos en puré de papa. Pero ya no sé si la realidad real contribuye a esa sensación o es asunto de la realidad virtual. Si uno logra conectar una clase virtual de 10 am a 1 pm, luego otra de 3 pm a 6 pm; si tienes suerte, dos asesorías virtuales de dos horas seguidas y, al final, una hora de WhatsApp, en videollamada claro está, y luego alguna serie o videojuego, en donde, te adelanto, uno puede hablar en tiempo real con otros seres humanos (estos desconocidos, por fortuna) para comentar lo visto, cuando por fin te vas a cenar o a dormir, la realidad real se siente pastosa. ¿Qué provocó qué?

Pero, disculpa, tampoco es esta carta un reproche a tu clarividencia. Y, si lo fuera, tienes algo a tu favor. En tu libro imaginaste, como arma de destrucción masiva, una película llamada precisamente *La broma infinita*. Era, de tan larga y aburrida, la sentencia de muerte para quien la viera. Y eso, tristemente, sí ocurrió. Omitiré decirte por escrito el nombre de la cinta o del director para evitar acciones legales pero, si me visitas alguno de estos días, te podré contar la historia completa. ■

CARTAS A LOS MAESTROS 2.0

KAZUKI ALBERTO ITO ◦ JAIME MESA

Francesco Petrarca, amigo cercano de Dante Alighieri, fue un gran impulsor y entusiasta de la cultura grecolatina. Se compenetró a profundidad en las obras clásicas, a tal grado que dialogó con cartas dirigidas a Cicerón y Horacio como si fueran sus amigos. En el *Secretum*, Petrarca platica por medio de la escritura con San Agustín y le expone las preocupaciones dramáticas por las que pasaba su alma.

Aunque no podemos asegurar si tuvo mayor relación con los muertos

que con los vivos, ésta es ya una tradición perdida. Nos gustaría saber a cuál difunto genio de la literatura le dirigen cartas los autores de hoy. La cadena de respeto y comunión creativa, como aquella que mostró Dante con Virgilio y su *Eneida*, es un espacio en donde los escritores pueden encontrarse con sus lejanos iguales —por lo menos para ellos cuando todavía estaban vivos. La serie inicia como una intención de representar un mural contemporáneo con las cartas a los maestros. ■

Testigo y crítico de la deriva que hacia el final del siglo XX proyectó las recompensas del modelo estadounidense que veía en el consumo su paraíso —a la par de la guerra contra los enemigos—, la ambición tanto como la exigencia literaria de Foster Wallace lo llevaron a considerarse representante de una herencia posmoderna —según su propia categoría— que incluye a las figuras más originales y propositivas de la narrativa contemporánea. La siguiente lectura recorre las claves que definieron su trayecto.

David Foster Wallace

CONTRA EL SUEÑO

AMERICANO

HECTOR IVÁN GONZÁLEZ

@HectorIvanGP

Al doctor Héctor Perea

En América no hay caminos; sólo carreteras —dijo John Ford.

PETER HANDKE, *Carta breve para un largo adiós*

David Foster Wallace (1962-2008) fue una figura que descolló en las letras estadounidenses de finales del siglo XX. Nació en Ithaca, Nueva York, pero creció en Urbana, Illinois, adonde la familia se mudó por una plaza docente que obtuvo su padre. De chico destacó en los deportes, su corpulencia y su altura prematura le facilitaron la práctica del fútbol americano y del tenis. A los dieciocho entró al Amherst College, en Arizona, donde descubrió la literatura de Don DeLillo y del argentino Manuel Puig. Pero interrumpió los estudios durante los años 82 y 83, periodo que pasó manejando un camión escolar y leyendo a lo bestia.

Las entrevistas¹ que concedió muestran lo fructífero que fue ese lapso. No hubo libro de literatura, ciencia o filosofía del que no tuviera una opinión interesante. Finalmente, regresó a Amherst a graduarse en Lengua inglesa y Filosofía. Realizó una tesis por cada disciplina, gracias a lo cual obtuvo la distinción *Cum laude*. Su primer trabajo notable sería *La escoba del sistema*, la novela con la que se tituló en Letras. A su vez, la tesis de filosofía ganó el premio Gail Kennedy Memorial. Fue nombrado profesor en la Universidad de Arizona. Después obtuvo una residencia en Yaddo y se incorporó al claustro académico de Amherst. La *Paris Review* premió su cuento "Animalitos inexpresivos", que forma parte de *La niña del pelo raro* (1989),² un notable libro compuesto por nueve relatos y una novela corta. Recibió el *fellowship* (incentivo o beca) del National Endowment for the Arts y el galardón del Consejo de Arte de Illinois.

FUERON AÑOS de buenas lecturas, alcohol y drogas, pero tuvo que afiliarse a un grupo de AA, por lo cual abandonó su proyecto de hacer un doctorado en

“SIEMPRE CON EL ASPECTO DE UN TENISTA CALIFORNIANO, DAVID ERA EL NIÑO PRODIGIO QUE DISERTABA SOBRE CAMUS, CORTÁZAR, PUIG, WITTGENSTEIN O LA TV, Y QUE IMPARTÍA CURSOS DE ESCRITURA CREATIVA”.

Harvard. La prensa especuló que había consumido heroína, como alguno de sus personajes, pero Foster Wallace lo negaba tajantemente. Siempre con el aspecto de un tenista californiano, con un paliacate a lo Andre Agassi, playera y bermudas, David era el niño prodigio que disertaba sobre Camus, Cortázar, Puig, Wittgenstein o la TV, y que impartía cursos de escritura creativa. Colaboraba en numerosas revistas con crónicas, ensayos y relatos. Al no mostrarse interesado en entrevistar a David Lynch —de quien admiraba su *Terciopelo azul*—, recibió una invitación para presenciar parte del rodaje de *Por el lado oscuro del camino*, con lo cual armó un texto para *Premier*.

Ingresó al Brighton's Granada House, un centro para las adicciones, en 1990. Se mudó a una casa en Syracuse y comenzó una correspondencia con su coetáneo Jonathan Franzen y con el emblemático Don DeLillo. Su ritmo de lecturas siguió a todo gas. Admiraba a Bellow, a Barthelme, a Barth y celebró a Siri Hustvedt. Había bosquejado el arranque de una novela total, a la manera de *Submundo*, de DeLillo, o de *El arco iris de gravedad*, de Thomas Pynchon; del primero tomó el impulso para hablar de los intersticios de las producciones espectaculares; del segundo, emuló la creación de una distopía bélica, disparatada y elocuente.

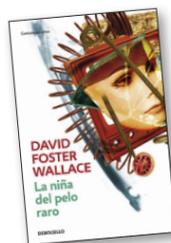
Además utilizó su experiencia como jugador de tenis juvenil, su relación con el mundo académico, el consumo de drogas y, por ende, su experiencia en el centro de desintoxicación, para escribir entre 1993 y 1995 *La broma infinita* (1996).³ Con ella buscó su gran

novela estadounidense, aquella que cada autor relevante de aquel país persigue desde *Moby Dick* y que quizá nunca se ha alcanzado, pero queda su intento personal. La revista *Time* incluyó la novela de Wallace entre las mejores del siglo XX, vinculándola finalmente con otro autor seminal para Wallace, James Joyce. Es probable que sea *Ulises* la verdadera Penélope de este *golden boy*. En muchos sentidos, Wallace era un vanguardista-clasicista; su forma de leer era decimonónica. Al observar su minuciosidad descriptiva recordamos aquel pasaje que refiere Richard Ellmann, el biógrafo de Joyce, sobre el ejercicio que James le sugería a su hermano Stanislaus: hacer la descripción escrita del proceso mecánico que debía realizar una cerradura para retirar el pestillo. Sólo logrando un control semejante de la prosa se podía ser escritor, según Joyce.⁴

PARA EL PÉSIMO NARRADOR que era Roberto Bolaño, obviamente, la escritura de Foster Wallace era “pura palabrería”, de acuerdo con Rodrigo Fresán. Lo que ignoraba el sobrevalorado escritor es que esa capacidad de traducir el universo a través del lenguaje ha sido una de las improntas que ha pasado de mano en mano desde James Joyce, William Faulkner, Saul Bellow, E. L. Doctorow, Thomas Pynchon, Carson McCullers, Cormac McCarthy y algunos otros hasta David Foster Wallace.

Los premios y reconocimientos continuaron para David, a los cuales se añadieron las solicitudes de entrevistas. Algunas de éstas divulgaron sus hábitos personales. Sacaban a la luz detalles menores —que usaba tabaco para mascar, consumía saliva artificial, ingería comida chatarra en exceso—, y algo quedaba más que claro: la TV podía obnubilarlo por lapsos interminables. Foster Wallace se sintió desmoralizado por gente a la que le abrió las puertas de su casa, que llegó a tomar fotografías de su botiquín y cajones.

Aparecieron la crónica *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (1997) y los relatos de *Entrevistas*



breves con hombres repulsivos (1999), cuya última pieza es magistral. En el año de 2004 se casó con la artista Karen Green. En 2005 publicó su libro de ensayos *Hablemos de langostas*, e impartió una conferencia a los graduados del Kenyon College, publicada con el título *Esto es agua*; siempre destacó como profesor y criticó la falta de interés y compromiso de sus colegas.

Sin embargo, los antidepresivos y las terapias no lograron paliar la imbatible soledad que sentía y que, como él mismo llegó a definir, era el gran motor de la/su literatura. Como salida por la puerta de emergencia, David Foster Wallace se suicidó el 12 de septiembre de 2008, a los 46 años. Después de su muerte permaneció como tema de académicos, lectura para escritores avezados y autor de culto para lectores adeptos de la experimentación. Sin embargo, por sus escarceos en la contemporaneidad, su obra debería ser más leída.

FUE CONOCIDO como continuador de lo que él mismo llamó una generación *posmoderna*, compuesta por Nabokov, Barth, Pynchon, Vonnegut y Barthelme —caracterizada por el uso del humor negro y las referencias intertextuales, así como por una erudición en las temáticas y técnicas literarias— e interpretó los fenómenos culturales que se desarrollarían hasta nuestros días en lo que denominó “la era de la distracción”.

Si con Faulkner habíamos testificado el complejo entramado del *sur profundo* y, con Bellow la forma en que las clases trabajadoras ascendían en Chicago; si con Philip Roth conocimos la sociedad boyante y sus mitologías bélico-deportivas; o con Carson McCullers y Raymond Carver vimos las vidas de los empleados de último nivel y su forma de sobrevivir, el país que nos muestra Foster Wallace es aquel que bombardeaba Irak y que posicionó el consumismo como única plenitud. Aquel país que se dedicaba a hacer de sus *coaches*, gurúes, y de la TV un ministerio de educación. En pocos autores atestigüamos un paisaje tan desolador del desvarío de esa sociedad. En su obra analiza el Estados Unidos de los *wasp* (protestantes blancos anglosajones), los económicos y académicamente privilegiados, desde sus vicios más frecuentes y su miopía irredenta. Describió la incomunicación intestina derivada del profundo solipsismo y la contrapuso a esa clase media de la que él formó parte, pero de la que nunca pudo hacer encomio. Era esa misma sociedad la que lo aburría a grados autodestructivos, a decir de Jonathan Franzen.

Si pensamos en su primer libro de relatos, *La niña del pelo raro*, o en su *opus magnum*, *La broma infinita*, constataremos su curiosidad por los fenómenos derivados de la cultura pop, de los espectáculos televisivos y de la masificación de los medios electrónicos. La sociedad que describe ya no era la de los años setenta —cuando la publicidad buscaba insertarse en la audiencia abriendo camino a las promesas de los anunciantes—, sino la de los noventa, obcecada y enfebrecida



Conferencia en Kenyon College, 2005.

Fuente: twitter.com

luego de consumir la suficiente publicidad para moldear su mente. Con la mención de las marcas en *La broma infinita* sabemos de antemano cuáles son los ideales de sus protagonistas. En una nota preliminar a *La niña del pelo raro* señaló que al dar nombres de actores o marcas conocidas “sólo se quiere denotar la materia de los sueños colectivos”. ¿Y “los sueños colectivos” no son otra forma de referirse a la ideología de un país? Por ello, el mundo de los productores de televisión y la telecracia, como lo llegó a hacer Federico Fellini, fue asaeteado en su obra, y programas cutres de entretenimiento como *Jeopardy!*, *La rueda de la fortuna* o los *late night shows*.

EN LA BROMA INFINITA encontramos a Harold Hal Incandenza, a quien algunos examinadores académicos tratan como a un bruto: ponen frases en su boca y, peor aún, piensan por él. Sólo les interesan sus dotes como tenista, pero son condescendientes. Así deben —o pueden— ser tratados los jugadores elegidos en el *draft* de la NFL o la NBA. Al mostrar esta incomodidad por ser observado como un objeto con un solo fin, Hal nos entera del “uso” que le dan. Su mente es consciente de toda la farsa. El hecho de que los deje continuar es una prueba de que tiene curiosidad por lo que sucederá después, no de que sea incapaz de percibir que lo tratan como idiota. Su forma de expresarse ha sido mermada por el abuso de algunas sustancias enervantes, sin embargo sabe que es capaz de defender una disertación académica; ha leído a los filósofos continentales y a los clásicos de la literatura. Los personajes viven en la distópica Onan, una mezcla de Estados Unidos, Canadá y México, que incluye un grupo separatista quebequense. En Foster Wallace ya no es vigente el realismo, para su narrador no hay restricciones

en ningún sentido. La voz narrativa acompaña, observa y testifica las circunstancias; es inmune a la necesidad de estar presente en todas partes mas en ninguna localizable, como exigía Flaubert. Aquí hay un narrador libérrimo y, en ocasiones, solidario.

De hecho, sin ser el primero en hacerlo, la forma que Foster Wallace tenía para aproximarse a la literatura estaba influenciada por la TV o el radio; él entendía que la literatura se iba quedando a la zaga de otras formas de entretenimiento. De ahí que varias de sus estructuras replicaron una secuencia de escenas a la manera de un *zapping*, un incesante cambio de canal, como el que realiza quien regresa exhausto a casa y no puede enfrentar grandes retos intelectuales. Su/literatura tenía que subvertir el efecto sedante de la TV y de cualquier fenómeno de la cultura de masas, como el cine de fácil consumo, la literatura *bestsellerista* o las pseudofilosofías.

“La narrativa mueve montañas o es aburrida”, declaró alguna vez. De ahí que sus historias sean ambiciosas, con descripciones detalladas, plagadas de giros desequilibrantes, tramas complejas y estructuras desafiantes, a contrapelo de la basura que nos arrojan los medios masivos. Pocas veces una obra ha representado con tal fidelidad los pensamientos de un autor para quien la literatura debía plantearse la cuestión de *qué representa ser una persona*. ¿Vale la pena sobrevivir en una sociedad plagada de “enfermos”, pacientes, terapeutas, *coaches*, doctores y medicamentos?, se preguntaría Foster Wallace. ¿Para qué continuar el proyecto de una sociedad clinalizada, que se presume idónea? Finalmente, al quitarse la vida, Dave dio su último mensaje con respecto a una sociedad que históricamente rehúsa quedarse quieta y en silencio. ■



“LA NARRATIVA MUEVE MONTAÑAS O ES ABURRIDA’, DECLARÓ ALGUNA VEZ. DE AHÍ QUE SUS HISTORIAS SEAN AMBICIOSAS, CON DESCRIPCIONES DETALLADAS, PLAGADAS DE GIROS DESEQUILIBRANTES, TRAMAS COMPLEJAS”.

NOTAS

¹ Stephen J. Burn (editor), *Conversaciones con David Foster Wallace*, traducción de José Luis Amores Baena, Pálido Fuego, Málaga, España, 2012.

² David Foster Wallace, *La niña del pelo raro*, traducción de Javier Calvo, DeBolsillo, Madrid, 2015.

³ David Foster Wallace, *La broma infinita*, traducción de Marcelo Covián Fasce, DeBolsillo, Madrid, 2011.

⁴ Richard Ellmann, *James Joyce*, traducción de Enrique Castro y Beatriz Blanco, Barcelona, Anagrama, 2002.

"nadie sabe bien a bien qué es el arte. por eso hay que elegir dónde queremos ubicar nuestra ignorancia #ZonaMACO", provoca Carla Faesler en Instagram. Nacida en la Ciudad de México en 1967, escritora además de poeta experimental, su trabajo admite una variedad de registros porque también le interesa el quehacer interdisciplinario y explora la relación entre imagen y texto. Entre sus libros destacan Dron (2020), Formol (2014), Catábasis Exvoto (2011). Aquí nos ofrece un poema inédito sobre el contexto de la pandemia.

SITIO

CARLA FAESLER

@CarlaFaesler

supongo que debo de decir genialidades sobre la emergencia sanitaria pero lo único que se me ocurre es:

por fin tengo contigo algo en común
y miedo de salvarme

o también, como que canto:

ey, Pandemia, es tan griego tu nombre, tan antiguo, que algo nos engrana a lo erudito y lo salvaje o a eso que seguro debió ser habernos muerto desde siempre de algo muy local o planetario. y sin embargo, ahora que no estamos tan tan, Pandemia, a nuestra suerte como aquel que hace siglos se quedó, imagino,

seco en un veneno de serpientes y hierbas
a la orilla del río Tigris
junto a sus ovejas balando

o

aquella que, he soñado,
se pudrió lentamente de sangre y hambre
luego del sitio de Tlatelolco
porque nadie la veía ni la podía ver,
ni acaso recogerla porque todos estaban
regados en la desolación,

pienso, Pandemia, ahora, en nuestras poblaciones

sitiadas

por políticos y armas,
hospitales a medias y escuelas desbaratadas,
dinero, moda
y empleos,
asesinos,

banderas, dulces, y cervezas, estatuas

y entretenimiento,

y en cómo, ahora que todo lo sabemos y lo vemos, más que Marie Curie, más que Pitágoras, atestiguamos la muerte de millones. ineludibles tantas,

tantísimas más, tan evitables,

porque, ya sabes,

si tuviéramos, si contáramos con, si pudiéramos, si se hubiera hecho, si...

(conjunción condicional)

si, si tú, si yo, si ella, si nosotros,

siempre hay un si

el si, político, el si, económico,

el si, institucional, el si, financiero, el si, social

el:

si me eligen, si los bienes y servicios, si baja el recurso,

si los mercados, si hubiera equidad e igualdad, si

(conjunción condicional)

el si, público

el si, privado

ey, Pandemia, si no hubieras, si hubiéramos sabido, adivinado, prevenido, si

pudiéramos verte a los ojos desde nuestros nuevos rostros, cortados o sea, a medias,

sí, sí, ocultos. Si te tapas la boca se oyen menos tus gritos,

si te tapas la boca es más difícil pensar

sobre el enriquecimiento ilícito, la malversación de fondos, sobre tu ilusión de hacer

mejor al mundo que se convirtió en hacer sólo el tuyo más grande, sobre tus sueños

de que se infecte tu enemigo.

ey, Pandemia, tan antigua y actual,

me gustaría tener un traje aislante

que me borre y me convierta en espectro.

siempre he querido ser un fantasma

para aterrar a los que siempre

me han dado miedo, angustia, impotencia,

y rabia, rabia que no puede salir

porque siempre he tenido puesto

mi traje aislante. de moda.

la Pandemia no me encontró, esta vez, porque yo pude encerrarme y ver pasar a lxs

que no pudieron porque el t r a b a j o . no nos enseñan a producir comida para que

busquemos t r a b a j o . cuando tenemos t r a b a j o nos lo quitan porque ya no hay

un exceso de ganancias porque Pandemia o más seguido, demasiado personal.

un sueldo es un traje aislante deshecho que te da tu empleador, un sueldo está lleno de

hoyos por los que se cuelan los virus del saqueo y de la rapiña, un traje aislante no te

protege del paso de un alambre de púas que quisiste brincar para irte a otro lado y que

rasgó la tela y las rodillas en las que te hincas antes de caer sobre tus hijos muertos

por haber respirado el aire venenoso que se coló por entre los hoyos de tu traje aislante

con defecto de fábrica.

Pandemia, no tienes cuerpo, eres el alma de un cosmos entropía, eres la distópica

niebla que cubrió el año 2020 y amenaza el 21. eres la incomprensible, la ilegible como

un código hecho pedazos en un archivo climatizado en un mundo hiperinformado en la vulnerabilidad.

yo, no dejo de ser mi cuerpo y, ahora, por ti, soy también un cuerpo colectivo muerto en partes, arrasado

por tu paso y cuyo espíritu es como este Texto que está lleno de personas y de tuits, de rumores

y chismes, noticieros oficiales y periodismo amenazado, plantas que hablan, pulpos espaciales y

pensamientos, gobernantes indiferentes, ciudadanos sin agencia y por supuesto, de fake news. ▣

Ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2021, otorgado por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la uruguaya Fernanda Trías terminó en 2019 una novela (publicada en 2020) que supo anticiparse a lo que vendría con el Covid-19. En *Mugre rosa*, una comunidad enfrenta la incertidumbre y el terror difuso que genera la crisis ambiental en el mundo. Roberto Abad revisa este libro que mira de cerca el presente, con su cúmulo de virus globales, desesperanza y vulnerabilidad.

MUGRE ROSA:

UN BORDE EXISTENCIAL

ROBERTO ABAD

@ROA07

Un lugar común se extendió como plaga cuando supimos que estábamos varados en una pandemia: éste es un escenario de la ciencia ficción. ¿Qué significaba? Que no pertenecía al *mundo oficial*, sino al de las historias que suceden lejos, en el futuro, en otros mundos; no a nosotros, cómo iba a ser. El pensamiento realista alberga sus maneras de desprestigio, y una de ellas es creer que todo lo que ocurre fuera de sus convenciones no afecta la realidad. Las pandemias, el encierro, la ausencia de contacto, el tiempo aletargado, desde este ángulo, parecen terreno de otra geografía. No importa que hayamos tenido registros históricos de hechos similares e incluso peores. Adoptar esta negación del presente ha generado la creencia de que es muy aventurado verlo en universos literarios en tan poco tiempo.

Por eso celebro que *Mugre rosa* (Literatura Random House, 2020), de Fernanda Trías, contradiga este supuesto y lo haga con plena conciencia de lo que implica contar una distopía en tiempos atípicos —no hablo sólo de ahora, claramente—; es decir, no pretender ser referencial en exceso, utilizando elementos que podrían ser complacientes para el lector, sino reinventar los hechos, hacerlos propios, generar reglas nuevas y fracturarlas.

LA HISTORIA ES NARRADA por una mujer que se aísla en su departamento a causa de una extraña epidemia que vino desde el mar y confinó a una ciudad portuaria, con claros guiños a Montevideo. La peste se manifiesta con la llegada de algas invasivas y letales, que pintan las olas de una coloración magenta; luego, cada tanto, generan una exhalación rosa que es portadora de un virus y se levanta por las calles envolviéndolas en una niebla que causa estragos en la gente:

Antes, los síntomas se parecían a los de una gripe: tos, debilidad, malestar general. Eso era todo lo que sabíamos, más allá de los rumores. La televisión no hablaba de gente en carne viva, de niños o ancianos

perdiendo el pellejo al menor roce de una tela de camisa (p. 81).

Aunque se trata de una novela escrita antes del Covid-19, la trama se enriquece de las experiencias que nos habían alertado, acaso a modo de simulacro, de lo que nos esperaba en 2020. En ese sentido, su carácter predictivo no recae en el hecho de contar la llegada de una epidemia mortífera —algo que ya estaba en la discusión científica desde hace varios años—, sino en las circunstancias humanas que desata la incertidumbre de una enfermedad desconocida. En medio de la alerta social y del colapso hospitalario, la protagonista, además de estar al pendiente de su madre que yace al otro lado de la ciudad, se hace cargo de Mauro, un niño que vive con un trastorno que le provoca la necesidad de comer lo que tenga al alcance, sin importar que lo ponga en peligro; además, ella procura estar al tanto de la salud de Max, amigo de la infancia y exmarido, que fue infectado por el virus y está internado en el hospital.

Con maestría, la escritora uruguaya logra que estos tres lazos se desarrollen como puntos de tensión y, conforme transcurren los días de encierro, su rol de proveedora va adquiriendo nuevos matices. Por ejemplo, tanto Max como la madre se oponen a la mínima esperanza que la protagonista resguarda entre las alternativas para sortear la enfermedad; eso hace que, aunque siga ante ellos, renuncie a la discusión sobre si vale la pena sobrevivir o no.

Hay un cuarto personaje que, por su ausencia, resulta fundamental: Delfa, quien cuidó a la protagonista de niña. Ha muerto y ahora únicamente se aparece en sueños. No sólo la llamaba *mamá*, sino también representaba una figura sabia que la cuestionaba al mismo tiempo que la hacía descubrir su identidad. Entre un capítulo y otro, se muestra un diálogo tentativo de ambas, sin tiempo ni lugar y con instantes filosóficos: “¿Qué es el silencio? / La pausa entre un pensamiento y el siguiente” (p. 237). Estos cruces de preguntas y respuestas dan cuenta

“LA PROSA DE FERNANDA TRÍAS (MONTEVIDEO, 1976) DESPLIEGA UNA ADMIRABLE FUERZA POÉTICA: ‘AMANECE, QUIERE AMANECER, LA CLARIDAD SE APRIETA CONTRA LA PERSIANA, PENETRA LAS LÍNEAS, OSCURECE LAS FRANJAS’”.

de cierta nostalgia que arrastra la protagonista. Más allá de ser una suerte de remplazo materno, Delfa es lo único intacto en su mente y no convive con el caos de la epidemia. La protagonista acude a ella, a su recuerdo, a sus conceptos, como quien decide protegerse en un sitio seguro y personal.

LA PROSA DE TRÍAS (Montevideo, 1976) despliega una admirable fuerza poética: “Amanece, quiere amanecer, la claridad se aprieta contra la persiana, penetra las líneas, oscurece las franjas” (p. 79). La belleza del lenguaje de cara a la catástrofe: los peces aparecen muertos, los pájaros deciden irse, las calles están vacías, los días transcurren entre apagones. La protagonista y Mauro sobreviven casi por inercia; hay momentos en que sus pasos y su hambre recuerdan a los del hombre y el niño de *La carretera*, de Cormac McCarthy, quien se ha vuelto una influencia latente en libros recientes de géneros especulativos.

Un recurso que hace más notable esta novela, ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2021, es la focalización de las voces. Los taxistas, que no tienen la oportunidad de resguardarse ante la amenaza de la niebla, encuentran varios momentos para espejar la realidad propia con la de la protagonista, y aunque pareciera que su función en la trama es periférica, aviva la discusión sobre los privilegios. *Mugre rosa* nos muestra un borde de la existencia humana en un futuro que se parece mucho al presente. Acaso la visión que encierra y más me inquieta es que, queramos o no, siempre podemos estar más vulnerables de lo que creemos. Ése es el presente que nos toca. ■



La región menos formal o burocrática del medio cultural capitalino resintió la muerte, hace unos días, de Carlos Martínez Rentería (1962-2022), su animador y provocador más heterodoxo, dueño de una tenacidad que acompañó la fiesta interminable de sus días e hizo posible su revista *Generación* durante más de tres décadas, contra viento y marea. Pero no fue el único de sus empeños. Aquí lo recuerda uno de sus cómplices —y otro más hace lo propio, en la página once de este número.

RÉQUIEM POR **EL DESGRACIADO**

J. M. SERVÍN

El lunes 7 de febrero de 2022, casi de madrugada, recibí un mensaje telefónico que me dejó tendido en cama como si trajera una cruda de años. Más de treinta para ser precisos. Emiliano Escoto me informaba que su padre, Carlos Martínez Rentería, “ya está descansando”. El dolor de lo inevitable nos obliga a encontrar eufemismos ante la desagradable presencia de la muerte. Apenas me di cuenta de que echado boca arriba, lloraba.

Quise tomar las palabras de Emiliano como un escape y mentirme a mí mismo con la idea de que mi gran amigo efectivamente descansaba, vivo, para recuperarse del extenuante tratamiento médico que incluyó aislarlo de su familia y amigos cercanos. Desde que el Covid-19 llegó, en los hospitales públicos se endureció una tiranía sanitaria que, mediante la indiferencia ante el dolor y la zozobra, cubre sus graves deficiencias en la atención a los pacientes. Lo sé bien porque Carlos es uno más de mis seres queridos que no logró salir con vida de esos deprimentes pabellones donde la muerte ronda las camas con más eficacia que enfermeras y doctores.

La última vez que nos vimos fue el viernes 10 de diciembre de 2021 en La Juanita, un *coffeeshop* en la colonia Roma. Carlos, Emiliano, Leopoldo Rivera y dos locos más, activistas en favor de despenalizar las sustancias prohibidas, formaron una sociedad para abrir un centro de reunión libre de prejuicios, pero que como todo lo que emprenden los románticos con Carlos al frente, está destinado al fracaso heroico, según corresponde a los guerreros que se obstinan en pelear con lucidez y desparpajo una batalla a muerte contra un poderoso ejército de prohibiciones, autoritarismo y corrupción.

Esa noche se despidió muy temprano y me dejó solo pese a estar bien pertrechados con lo necesario para otro de nuestros encuentros intensos y prolongados más allá de la hora donde los perros ladran su soledad en las calles. En nuestra amistad de más de treinta años nunca me había pasado algo así. Tuve que aceptar que se sentía muy mal de salud. Ni nos abrazamos al momento de su partida. Prácticamente huyó en un taxi, de mal humor por tanto achaque que le impedía gozar de la vida noctámbula a todo tren. Carlos era, como dos o tres amigos más, del selecto clan de *Los Inmortales*. Incombustible y con una vitalidad que contradecía su frágil figura de caudillo cultural.



J. M. Servín y Carlos Martínez Rentería.

Foto: Alex Tapia

LO INTERNARON al día siguiente de nuestra última reunión, luego de sufrir una fuerte caída. Comencé a despedirme de él a la distancia, con mensajes telefónicos y un par de llamadas. Periodista. Treinta y tres años al frente de una revista legendaria, única en su tipo. Poeta contestatario, editor de numerosos libros sobre temas afines a lo que él entendía como *contracultura*. Poseía un anecdotario desternillante sobre todo tipo de temas y personajes de la cultura mexicana. Miles de fotos que él tomaba con una camarita Kodak son testimonio de toda una época de la capital del país a partir de 1988, año en que apareció el primer número de la revista *Generación*.

Pese a mi insistencia, se negó a escribir sus memorias, pues eso sería como traicionar un acuerdo de confidencialidad con tanta gente que lo quería. Sus debilidades lo hicieron más fuerte con el paso del tiempo, más sabio y más divertido. Sus debilidades —mujeres y francachelas— más bien lo fortalecían como una ósmosis necesaria para darle combustible a toda clase de proyectos descabellados que, a mi manera de ver, fueron muy exitosos, únicos e irrepetibles, aunque a él le gustaba llamarlos “equivocaciones”.

“PESE A MI INSISTENCIA,
SE NEGÓ A ESCRIBIR SUS
MEMORIAS, PUES ESO SERÍA
TRAICIONAR UN ACUERDO
DE CONFIDENCIALIDAD CON
TANTA GENTE QUE LO QUERÍA”.

Carlos es el ejemplo de que los excesos, cuando son manejados con sabiduría, pueden reconstruir a una persona. Me enseñó a ser más tolerante y sociable pues para mí era insostenible la idea de encontrarlo siempre rodeado de una legión de amigos, admiradores y colaboradores, entre éstos algunos artistas y escritores destacados. No faltó quien, desde su arrogancia, lo menospreció, y recuerdo a un escritor del norte del país, poeta también, pero de los que escriben con un ojo puesto en complacer a la corrección literaria, preguntándome en tono de burla si iba a hablar bien del poemario *Barbarie*, que presentábamos Carlos y yo en una feria del libro en Oaxaca, allá por 2012.

La vida social y cultural de esta ciudad se ha quedado sin el más obstinado defensor de las libertades civiles. La noche lúdica se ha quedado acéfala. Carlos fue un puente de unión entre la heterodoxia artística, literaria, periodística, y el acartonado ambiente de la cultura oficial. Sus publicaciones permitieron la expresión coral de muchas voces nuevas. Gracias él existe el premio nacional de periodismo cultural Fernando Benítez, que yo mismo gané en 2004 y que a Carlos le gustaba decirme en broma, pero fingiendo una seriedad que ni él se creía, que había usado sus influencias y por lo tanto le debía disparar muchas rondas de tragos y kilos de sustancias. De todas maneras, lo hice siempre que pude. Ojalá le dieran ese premio, póstumo. Lo merece. Fui su último editor: Producciones El Salario del Miedo publicó en 2021 *La bruja blanca* y dejamos pendientes al menos dos libros más.

Quiero despedir al rey de *Los Desgraciados* (así nos llamaba a sus amigos más queridos), reproduciendo unos fragmentos del poemario ya mencionado: “Descubrirás verdades luminosas / sólo en la destrucción de tu vida // Ningún disfrute mundano / será digno de un verdadero bárbaro / si no es compartido / con otro bárbaro // Los verdaderos bárbaros / dilapidaron lo mejor que les dio la vida // Ellos, los verdaderos / bárbaros / no fueron a las guerras, / no salvaron a nadie / tampoco desafiaron / a los dioses”.

Ya no habrá más “martes de Servín”, nuestras reuniones nocturnas en su domicilio de Zacatecas 21 y luego en el de Uxmal. Retomando las palabras de su hijo Emiliano, Carlos tenía como bandera de lucha el ingenio, la necesidad y la gentileza.

Nos vemos pronto, querido Carlos. ■

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

LA SEMANA DEL ARTE Y LA INTOLERANCIA

Hace unos días, profesionales y aficionados del arte se volcaron a ferias, galerías y museos que, con motivo de la llamada Semana del Arte, se llenaron de lo más novedoso de la producción artística contemporánea. Desde hace tiempo, las actividades también se han convertido en motivo de burla y *memes* en redes sociales. Es cierto, en el llamado *mundo del arte* sobran las excentricidades y tampoco podemos negar que, de pronto, las piezas exhibidas en ferias de arte contemporáneo como Zona MACO provocan, cuando menos, que levantemos las cejas. Si bien yo me río con frecuencia de las ocurrencias de mi gremio —uno al que, por cierto, le hace mucha falta reírse de sí mismo— me preocupa que la descalificación ha ganado terreno en relación con estas actividades hacia los artistas, curadores, galeristas, coleccionistas y todos los actores del sistema del arte que participan de ellas. Y me preocupa porque en esa resistencia a lo nuevo veo una intolerancia sobre la que tenemos que reflexionar.

No todo en la Semana del Arte se trata del arte contemporáneo, desde luego. Tan sólo en Zona MACO —feria que ha detonado las demás iniciativas que se llevan a cabo cada mes de febrero— se incluyen antigüedades, diseño y arte moderno. Las galerías y los museos que se suman a los eventos también abordan momentos históricos del arte, a través de visitas y revisiones a sus colecciones o exposiciones de creadores de otros tiempos. Todo esto es cierto, pero es innegable que durante esos días el arte contemporáneo es el rey. Es ése el motivo principal que reúne a tantas personas de rincones variados del orbe en nuestra capital. También es la razón por la que muchos aun sin asistir a las ferias descalifican sus propósitos e incluso su mera existencia. Hay, desde ciertos sectores, una cruzada contra el arte contemporáneo.

DURANTE UN TIEMPO, es cierto, yo también me resistía a asistir. Como una historiadora del arte más interesada por el pasado que el presente, me preguntaba si realmente valía la pena. Ahora me doy cuenta de que ser partícipe de estos eventos debe hacerse echando a un lado la idea de que algo debe gustarme para que valga la pena la vuelta; se trata, en realidad, de ir a ver qué se está produciendo en nuestro tiempo, más allá de filias y fobias. Porque, nos guste o no, esa producción contemporánea está hablando sobre quiénes somos, nos está enfrentando al espejo. Pocos tienen una mirada tan aguda para observar la realidad como los artistas.

En una conversación hace algunos meses para mi canal de YouTube, Pacho Paredes, director del Museo Universitario del Chopo, me decía que el arte contemporáneo no es un partido político o un equipo de fútbol para decir *yo no le voy al arte contemporáneo*. Es decir, hay cosas muy malas, claro que sí, pero también hay cosas buenas. Así ha sido incluso a lo largo de la historia del arte, entre los *grandes maestros* hubo también artistas malos. No los conocemos hoy por ese mismo motivo: no llegaron a los muros de los museos más prestigiados del mundo, tampoco a los libros. Asumir, entonces, que el valor de una obra de arte está sujeta al momento en el que fue producida es, cuando menos, sesgado. Lo mismo sucede con las técnicas. Hay quienes aseguran que la materialidad de una pieza es también signo inequívoco de su calidad, cuando lo cierto es que así como hay pintores de una maestría

notable, también los hay muy mediocres. El medio no es garantía de nada.

Abordar el arte desde esta perspectiva de *buenos* y *malos* en realidad sólo afecta al público. Lo único que logramos al asumir *a priori*, sin intentar ningún tipo de acercamiento, que todo lo que se nos ofrece en ferias, museos y galerías de arte contemporáneo va a ser horrendo es privarnos de una experiencia verdaderamente acogedora y sorprendente. Vaya, habrá cosas que no nos gusten, eso no lo niego, pero por qué cerramos a la posibilidad de que encontremos algo que nos mueva de una manera profunda o, al menos, nos dé un poco de curiosidad. Y, además, seamos sinceros: ¿acaso no sucede lo mismo con el arte más *tradicional*? ¿Siempre que vamos a un museo de arte barroco o moderno nos gusta absolutamente todo lo que vemos?

EN EL FONDO, en esa narrativa de *ellos contra nosotros*, que desde ciertos espacios de crítica se ha promovido en torno al arte contemporáneo, permea la misma polarización que ha secuestrado al debate público. No es otra cosa que un discurso de odio en el que



Bermix Studio.

Fuente > unsplash

“NOS GUSTE O NO,
ESA PRODUCCIÓN
CONTEMPORÁNEA
ESTÁ HABLANDO
SOBRE QUIÉNES
SOMOS, NOS
ESTÁ ENFRENTANDO
AL ESPEJO”.

el *otro* se construye como un enemigo. Y ahí está lo preocupante de esa intolerancia. Así como el arte contemporáneo es reflejo de nuestro tiempo, también la crítica lo está siendo. Hubo otros momentos en los que el odio al arte contemporáneo fue el síntoma de una intolerancia social que fue llevada por el sistema político a sus consecuencias más funestas.

El año era 1937 en Alemania y el arte en ese entonces contemporáneo, ahora llamado *moderno*, fue presa de la peor persecución política. Era lo más radical de la producción cultural de su momento y fue etiquetada como *arte degenerado*. Los artistas que formaban parte de los movimientos que recibieron ese mote, como Vasili Kandinski, Max Ernst y Otto Dix, tuvieron que huir. Las autoridades sacaron lienzos y esculturas de salas y bodegas de los museos para venderlas a entes extranjeros, no sin antes exhibirlas para mostrarle al público todo lo que el arte *no* debería ser. La decadencia creativa. Al frente de esa persecución y humillación pública se encontraba un pintor fallido que había sido rechazado de la Academia de Bellas Artes de Viena dos veces: Adolf Hitler.

Recurro a ese episodio de la historia del arte porque es el mejor ejemplo de los peligros de la intolerancia ante la creación artística, de cualquier tipo —sea el arte *conceptual* que se presenta en Zona MACO o la música de Bad Bunny. Resulta un signo preocupante porque en el fondo lo que nos demuestra es que hemos perdido la capacidad de disentir, de aceptar que en nuestras formas de ver el mundo puede haber pluralidad. ■

JANIS JOPLIN, Amy Winehouse y Whitney Houston comparten similitudes escalofriantes. Las tres lucharon contra los complejos que su físico les deparó y poseían una voz que eclipsó sus respectivas épocas, las tres sucumbieron a sus adicciones y lucharon incansablemente por algo que la vida les negó de la manera más tenaz: el amor.

Los momentos más tristes que nos ha legado la pantalla en los últimos tiempos, a través del documental, son: uno, la postal que llegó al motel la mañana después de que Janis murió de sobredosis, donde su entonces crush le anunciaba que se reuniría con ella para por fin consolidar su amor (*Janis: Little Girl Blue*, 2015); dos, el instante en que se difunde la noticia del deceso de Amy Winehouse tras un amague de sobredosis (*Amy*, 2015); y tres, la noticia de que encontraron el cuerpo sin vida de Whitney Houston en un hotel (*Whitney*, 2018).

Tanto Janis como Amy soportaron una gran cantidad de dolor, pero a diferencia de Whitney su sufrimiento, como su fama, ocurrió a la velocidad del sonido y se fueron de este mundo a los veintisiete años. A la Houston le tocó cargar con su desconsuelo bastantes años. Que la consumieron, la martirizaron y se la arrebataron al mundo.

Si en el mundo masculino la maldición de Robert Johnson pende sobre las estrellas de rock, en el femenino existe otro tipo de maldición. Una que le depara a las poseedoras de grandes voces una existencia de flagelo. Detrás de Janis, Amy y Whitney están las historias de otras cantantes que también tuvieron una vida tormentosa. En especial Billie Holiday, quien debió pagar un precio muy alto por su afición a las sustancias. De entre los muchos documentos que retratan su circunstancia, tanto en video como en libro, uno de los mejores es *Con Billie Holiday. Una biografía coral*, de Julia Blackburn (Libros del Kultrum, 2019), que da la talla justa del mito en que llegó a convertirse Lady Day.

Es con Billie que Whitney se conecta de una manera también aterradora. Así como a Holiday, a Houston le tocó cargar con demasiado. Su frágil fisonomía con su enorme fortaleza les permitieron enfrentar todo aquello al tiempo que sacaban sus carreras adelante. Y la muerte de Whitney, aunque no ocurrió a los veintisiete sino a los cuarenta y ocho, también puede considerarse una tragedia.

Las credenciales de Whitney son sencillamente apabullantes. Salió del coro de la iglesia bautista de Newark a hacer de corista nada menos que de Lou Rawls.



gladyspalmera.com

“CAYÓ EN LAS GARRAS DE UNA DE LAS PEORES PLAGAS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS: EL CRACK”.

De ahí en adelante cosechó logro tras logro y éxito tras éxito. El descubrimiento por parte del productor de la Columbia Records, Clive Davis, fue definitorio. La disquera que hizo a Miles Davis y otras tantas figuras protagonistas de la historia de la música condujo el talento de Whitney hasta la cima. Parte de esta historia se cuenta en el estupendo documental *Clive Davis. The Soundtrack of Our Lives* (2017).

Entre las preseas que Whitney cosechó en vida se cuentan dos premios Emmy, seis Grammy, treinta Billboard Music Awards, veintidós American Music Awards, etcétera, hasta sumar 411 premios durante toda su carrera y la condecoración de la Guía de Récords Guinness como la artista más multipremiada de la historia. Su éxito trascendió los escenarios e impactó en el cine con *El guardaespaldas*, junto a Kevin Costner. De la banda sonora se desprenden dos de sus mayores hits: “I Will Always Love You” y “I Have Nothing”, ésta última de un registro vocal fuera de órbita.

Pero como ocurre casi siempre en estos casos, la fama erosionó la personalidad de Whitney, quien pese a todos sus galardones continuaba siendo una chica sencilla. Y como sucede con la gente que rodea a un artista de su magnitud, la fama se convirtió también en un problema para su familia. Además de toda la complejidad que la atañía en la cumbre, tuvo que enfrentar la puñalada traperera de su padre, quien la demandó. La pelea por el dinero la desgastó en lo emocional, lo que aunado a sus problemas maritales —se reveló después que Bobby Brown la golpeaba—, la empujaron al carril de alta velocidad de la adicción, de donde muy pocos consiguen escapar. Un súperpoder que a Whitney le falló de entre todos sus súperpoderes.

Cayó en las garras de una de las peores plagas de los últimos tiempos: el crack. Aunque la droga la mató, la traición y el desamor la empujaron al abismo; en ningún momento dejó de sentir pasión por Bobby. Y se fue al otro mundo como una mujer enamorada. ■

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charfornication

DIEZ AÑOS SIN WHITNEY

IMPOSIBLE NO DEDICARLE unas líneas. Del mitote del ingeniero Cárdenas y el PRD en CU en 1988, Ceci Sánchez y Fede Campbell Peña me jalaban a la Librería Reforma, donde Carlos Martínez Rentería y Arturo Jiménez editaban un tabloide de alto *huataje*, *Generación*, que convocó a los emergentes y a los referentes en periodismo, arte, literatura, sexo y desmadre.

En 1995, 42 números independientes después, *Generación* se convirtió en una revista con forros a color. Entonces Carlos me propuso coordinar una sección de música, *Toque Eléctrico*, que hice durante algunos números con Fer Rivera Calderón. Las tardes de viernes eran de caguamas y toques en la redacción Charles Bukowski, en la Casa del Poeta Ramón López Velarde, con Guille Escoto controlando el circo y Emiliano bebé. Inolvidables las Noches Degeneración que Carlos producía cual *mánager nocturno*, como la gira del poeta y editor *beat* Lawrence Ferlinghetti y el encontronazo en la playa entre *Generación* y *Viceversa* (hubo de todo, menos golpes).

Durante 34 años *Generación* se ha mantenido de sus ventas, publicidad, becas, intercambios y donativos. En los noventa organizamos tocadas en el sótano de La Iguana Azul para sacar recursos, pero la tercera terminó en madriza campal. Durante la gresca y el desalojo se cargaron un amplificador, dos micrófonos y un pedal de batería. Aquella noche tuvimos un desencuentro por los excesos de todo. Y nos reencontramos en la primera Expo Weed de



thulio.mx

“ENCABEZAR ESA HORDA DE COLABORADORES SALVAJES ERA TAREA PARA EL MÁS INCORRECTO DE LOS EDITORES”.

México, donde Carlos y Polo Rivera presentaban la revista *Cañamo*. Carlos te veía y te invitaba un postre y a colaborar. Ya era *El Inmortal*: incansable promotor en La Pulquería de los Insurgentes, cronista de la contracultura, poeta de Moho, columnista en *La Jornada* y rey de la noche. Con Emiliano y Chewbacca formaba la célula familiar-editorial.

Con 159 números impresos y una treintena de libros, *Generación* es el proyecto contracultural más resistente, plural, jodón y drogón de México. Superar las tres décadas es un récord para cualquier revista. Encabezar a esa horda de colaboradores salvajes, ordenar el caos creativo, darle forma, conseguir los recursos, materializar y distribuir la publicación era una tarea reservada para el más tenaz e incorrecto de los editores.

La última vez que nos vimos fue en su *coffeeshop* La Juanita. Me firmó su reciente libro *La bruja blanca. Historias de cocaína*. Un bonzo por la legalización de las drogas y el derecho a consumirlas. “Si las drogas no fueran ricas, nadie se las metería”, solía decir. Nos vemos del otro lado de la raya, *deshgrashiado*. ■

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

EL INMORTAL

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**
@JRBneuropsi

EL REVERSO DE
LA LITERATURA

“¿QUÉ PESO DEBEMOS
DARLE A LA
BIOGRAFÍA, ES DECIR,
AL ABANDONO
PATERNO, LA AUSENCIA
DE LA MADRE
Y LA USURPACIÓN
DE SU LUGAR
POR LA ABUELA?”

Un paciente joven —lo llamo Luis— padece alucinaciones auditivas y delirios crónicos. Recibió el diagnóstico de esquizofrenia hace muchos años. Su recaída más reciente lo trae al hospital. En un pase de visita, me describe experiencias alucinatorias peculiares. Sostiene largas conversaciones con una voz familiar. Quizá es su primo. No puede verlo, no está presente en los lugares donde el paciente lo escucha; ni siquiera está seguro de quién es.

—Me cuenta cosas que hicimos cuando éramos niños, doctor. Cosas que pasaron realmente. ¿Te acuerdas cuando fuimos al Cerro de la Estrella y Antonio pisó una serpiente? ¡Qué susto nos metimos! Me dice cosas así. Yo le hago la plática y nos acordamos de muchas historias que ocurrieron cuando nos escapábamos de la casa —Luis me confía que la voz le responde; conversan juntos. Se ríen.

Los médicos residentes del servicio preguntan al paciente si oye otras voces, si le dan órdenes. ¿Lo insultan? ¿Hablan entre ellas? El paciente lo niega.

EL MOTIVO DEL INTERNAMIENTO fue por agresividad hacia la madre; la golpeó, y no es la primera vez que sucede. Luis afirma que ella no pertenece a su familia. Se trata, dice, de una señora a la que no conoce, y no entiende por qué se presenta como su madre. Esto provoca los pleitos que terminan en agresiones físicas. Los médicos usamos un término viejo para describir este fenómeno: se trata del síndrome de Capgras, descrito por un médico francés a principios del siglo XX. Se presenta en personas con diagnóstico de esquizofrenia, pero puede ser la expresión de una enfermedad neurológica. Por eso realizamos una imagen cerebral mediante resonancia magnética.

Al recibir el estudio, veo una lesión de tamaño considerable en el hemisferio izquierdo: se localiza hacia el polo frontal, es decir, la parte localizada en el extremo delantero del cerebro. Parece una zona muerta adentro del encéfalo, como si el tejido neuronal hubiera desaparecido para ser sustituido por líquido. Un estudio de sus funciones cognitivas revela una alteración profunda de las funciones ejecutivas: tiene dificultades para planear, realizar secuencias de movimiento y formar conceptos abstractos. Hay defectos de memoria: comete muchos errores al evocar información, pero no los identifica.

Tengo más claridad al reconstruir la historia clínica, tras hablar con los familiares: el diagnóstico de esquizofrenia era un espejismo que obstruía el acceso a la patología subyacente. Algún médico subestimó la posibilidad de una enfermedad neurológica y pensó que la aparición crónica de delirios y alucinaciones era suficiente para diagnosticar esquizofrenia. Reviso el expediente clínico y descubro que el médico que se equivocó fui yo mismo, quince años antes, cuando iniciaba la residencia en psiquiatría.

EN LA INFANCIA, Luis era un niño travieso, sin problemas de comportamiento relevantes. El padre los abandonó y la madre salía a trabajar de la mañana al anochecer. La abuela materna quedaba a cargo de los niños, una mujer autoritaria, violenta. Usaba un cable para azotarlos por minucias y los insultaba de manera brutal. Luis quería rebelarse, le decía que no tenía derecho a golpearlo: estaba decidido a revelar a su madre la historia diaria de maltrato.

—¿Con quién me vas a acusar? —preguntaba entonces la abuela, furiosa—. ¿Me vas a acusar con tu mamá? ¿Quién es tu madre, niño? ¿Esa muchacha estúpida que sale a trabajar todos los días? Ésa no es tu mamá, ésa es una pobre imbécil. ¡Yo soy tu verdadera madre!

La escena se repitió muchas veces, durante años, hasta la muerte de la abuela. Luis no disfrutaba los estudios, y durante una temporada fumó marihuana.

—Pero nunca, doctor, jamás había llegado a golpearme —me dice la madre del paciente—. Conmigo era un niño



Fuente: mejorconsalud.as.com

muy dulce. No le gustaba estudiar, pero se puso a trabajar desde chico. Dejó la marihuana y siempre fue un buen hijo conmigo. Hasta que vino el accidente —Luis fue atropellado hace ocho años.

Un automóvil le fracturó varios huesos y le provocó una hemorragia cerebral: la lesión que veo en la resonancia magnética es producto de aquel sangrado. Luis estuvo hospitalizado durante varias semanas, en estado de coma. Después ocurrió una recuperación gradual de su estado de alerta, y en pocos meses podía hablar, caminar, hacerse cargo de sus cuidados básicos. No recuperó el trabajo y, desde el principio, cambió su actitud hacia la madre; se comportaba frío, indiferente; en algún momento comenzó a preguntar quién era ella, a rechazarla. En los meses siguientes pasó a las ofensas y los golpes. Los medicamentos antipsicóticos produjeron una mejoría parcial, pero no volvió a ser amoroso con su madre. Tenía recaídas una o dos veces al año, con exacerbaciones del síndrome de Capgras.

MIENTRAS OBSERVO la lesión frontal en sus estudios de neuroimagen, pienso en el trabajo de la corteza prefrontal, necesaria para los procesos creativos y la operación cotidiana. El caso admite diversas hipótesis clínicas: ¿qué peso debemos darle a la biografía, es decir, al abandono paterno, la ausencia de la madre y la usurpación de su lugar por la abuela, con sus disposiciones tiránicas? Estos datos biográficos son importantes en una interpretación psicodinámica del síndrome de Capgras, en el cual Luis niega la identidad de su madre y la agrede como si cobrara venganza hacia la persona que abusó de él y usurpó el lugar de la madre. Sin embargo, no puedo ignorar que Luis era un “buen hijo, cariñoso”, hasta el advenimiento de la lesión cerebral. ¿Es posible que al perder la estructura prefrontal haya perdido también la capacidad para discriminar entre la figura de la falsa madre, usurpadora y violenta, y la madre verdadera, amorosa, pero ausente? ¿Las fusiona de manera inconsciente y no logra discernir entre ambas? ¿No logra canalizar los afectos específicos que corresponden a la abuela muerta, y los que merece su cuidadora viva?

El caso aparece en la encrucijada de los paradigmas; puede ser abordado mediante una interpretación psicodinámica, pero a la vez requiere una evaluación desde las neurociencias; de manera más puntual, nos muestra la relevancia de los sistemas ejecutivos en la formación de conceptos. Sin el ordenamiento lógico de los afectos, las imágenes traumáticas, las intuiciones, las ideas mágicas, se forma una pesadilla que irrumpe en la vigilia familiar. Sin el trabajo de las redes ejecutivas, la conciencia narrativa hilvana los sucesos, personajes y circunstancias de un relato de terror: una novela real que emerge de las deficiencias metacognitivas, de esa incapacidad para someter a un análisis crítico nuestros propios estados mentales. Una zona muerta en el lóbulo frontal es el lugar de un desenlace trágico: en el reverso de la literatura, se ha formado un síndrome de Capgras. ■